

La Voz de Teruel



TELÉFONO NÚMERO 123

FRANQUEO CONCERTADO

Año IV.—Número 307.

SE PUBLICA LOS LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

Viernes 15 de Abril de 1927

Envío...

El Oriente representó en el nivel de lo extraterreno la expresión idolátrica de las teogonías cosmogónicas. Grecia y Roma, exaltan la forma humana haciéndola trasponer los dinteles de las regiones divinas. Una y otra civilización, la Oriental y la Clásica, no consiguieron, a pesar de sutilizar hasta extremos insospechados en ciencia y en filosofía, alcanzar la Idea, la Sublime Idea que para su verdadera redención necesitaba la humanidad.

Fué en el sacrificio cruento del Gólgota y sobre un patíbulo infamante, donde por primera vez lució con resplandores eternos la Verdad tan vanamente buscada por los inventores de demiurgos, por los hierofantes y por los forjadores de sistemas filosóficos y tratados de moral práctica, que en el correr de los tiempos exprimieron estérilmente los cerebros y las voluntades.

El concepto de todo lo que dignifica al hombre, la humildad, la mansedumbre, la pobreza, el amor, la fraternidad, nacieron del madero augusto donde el Cristo muere en gesto soberano de abnegación y de sacrificio.

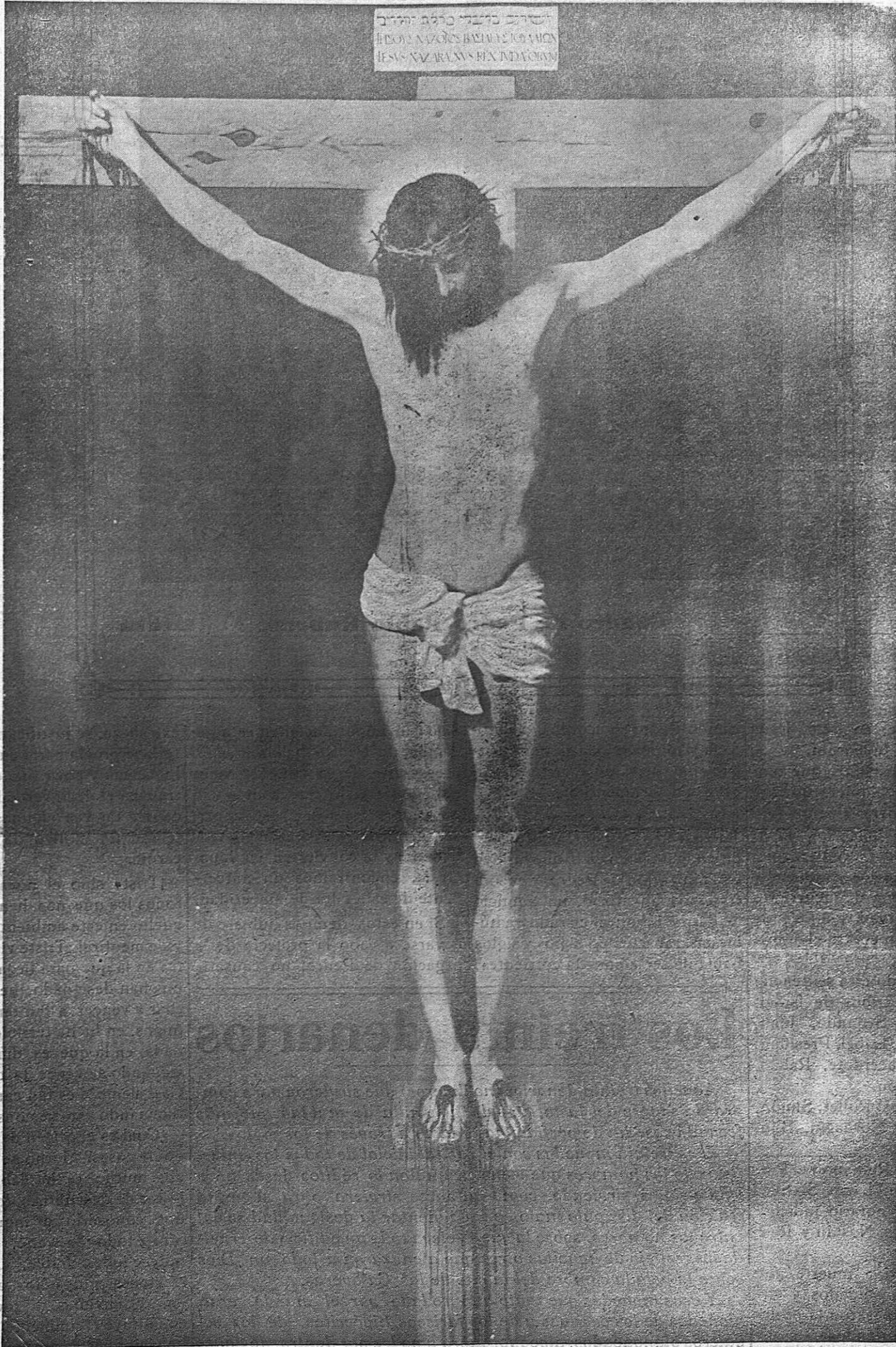
Un nuevo sentimiento de la belleza se crea, la castidad penetra en el arte y el concepto ascético de la vida viene a dignificar las costumbres, purificándolas del exaltado egoísmo de los días paganos.

El cristianismo vino a purificar el arte prestándole inspiración y motivos de resurgimiento.

Los artistas han sabido interpretar las escenas de la Pasión de Jesús en obras de mérito sublime.

Van transcurridos veinte siglos desde que se consumó este sacrificio, sin que la humanidad (aunque trata de buscarlo con ciega locura a veces) encuentre otro faro orientador para su espíritu. Veinte siglos en que todos los conceptos vitales van a buscar su arraigo en la evangélica doctrina y durante este lapso, año por año, en días como estos, el recuerdo de aquella gran tragedia tan fecunda en enseñanzas se renueva en la memoria de todos los hombres, como un tributo que se rinde a Aquel que siendo Dios quiso ser hombre para darnos enseñanzas divinamente humanas.

LA VOZ DE TERUEL se asocia a este recuerdo rindiéndole el tributo humilde de su reverencia, publicando este número dedicado a conmemorar los Santos misterios de la Redención.



VELAZQUEZ.—Cristo crucificado

Museo del Prado

EL CRISTO DE VELAZQUEZ

Fué una tarde de otoño, sombría,
¡Lo vi en el museo!
en la sala callada y oscura,
en penumbra de místico ensueño.
¡Qué grandeza tenía aquel Cristo,
del arte en el templo!
Yo vi en aquel cuadro
las alas del genio;
un algo sublime
que Velázquez plasmara en el lienzo.
La visión del dulcísimo Mártir,
sus brazos abiertos,
infundían cordial acogida
fervor y respeto.
¡Qué belleza tenía aquel Cristo,
con los ojos mirando hacia el suelo,
las manos clavadas
y el costado abierto!
Su color, no eran pálidas tintas,
eran luces, girones de cielo;
pinceladas de sangre divina
¡las alas del genio!
¡Qué bondad la del Cristo expirante,
en divinos arrobos angélicos!

Era Dios y moría enclavado
por todos los ruines,
por todos los réprobos,
por las injusticias
de todos los tiempos.
¡Qué emoción me produjo aquel Cristo
con la herida sangrante en su pecho!
Su rostro tenía
todos los tormentos,
toda la agonía
del que muere justicia pidiendo.
La figura del Cristo yaciente
que vi en el museo,
era el drama del mundo deicida,
era el sacrificio de Amor sempiterno,
que pedía la unión de las almas
y el perdón de los hombres perversos.
¡Yo lo vi una tarde
clavado en el leño!
¡¡Con la muerte invitando a la Vida,
por Amor de los hombres muriendo!!

ANSELMO SANZ SERRANO
(EL DUENDE DEL TOZAL)

Abril, 1927.

¡Cristo llora!

Sigue Cristo pendiente de la Cruz, en la cima del Gólgota, el monte de la Calavera, árido y frío. Nubes blancas, de múltiples destellos argénteos envuelven el Calvario. Un nimbo de luz de iridaciones armoniosas corona el patíbulo del Rey de los judíos.

No es sola ya la Ciudad Deicida. Al paso de los siglos extendióse la culpa y alcanzó a todas las naciones, por las que Cristo llora, al contemplarlas desde la más grande de sus Cátedras, hasta la que llegan ruidos tumultuosos que turban la paz sublime de su eterna agonía.

Mestro y Redentor, sembrador de la felicidad, Dios y Hombre, exangüe al final de su pasión tiene lágrimas inagotables que verter por la humanidad; por las nuevas sociedades que El, Altísimo, sigue viendo con sus Judas, sus Pilatos y sus Herodes; con sus falsos doctores y sus discípulos tímidos y cobardes; con sus Marías de Magdala y algún Amado; con multitudes estúpidas e ingratas...

¡Llor, Jesús! Sus ojos son fuentes de lágrimas dulces, que resbalando por la calva superficie del Gólgota, llegan al mundo para anegarlo, después que apaguen los fuegos que humanos corazones encendieron.

La humanidad, en vorágine, corre loca, desquiciada, sin mirar a Cristo que llora, sin sentir sus divinas lágrimas olvidando el precepto: *que os améis los unos a los otros como yo os he amado.*

Pelvo nauseabundo llena la atmósfera que respiran los hombres. Aires de ubieza, vendavales de disipación espiritual llevan de un sitio a otro gérmenes del mal. El becerro de oro, sobre el pedestal de la soberbia, recibe hipócritas adoraciones.

¡Cómo llora Jesús! Sus lágrimas, con las de María Virgen, en la augusta soledad de la Cruz, forman fuentes de agua pura que corren mientras llega la salud a las naciones.

¡Cristo llora! La noche negra se cierra con luctuosos girones. Cuando todo descansa, los que velan, oyen el correr del caudal de lágrimas hecho torrente, que cada vez más impetuoso va apagando fuegos y derrumbando ídolos.

Lágrimas de Jesús! Serán un día el río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal que sale del trono de Dios y del Cordero.

El río de vida, cubrirá la tierra como un océano. Es el río que vio San Juan en su Apocalipsis, el río en cuyo medio hay una plaza con el Arbol de la vida, que es la Cruz; es el arbol de los doce frutos y cuyas hojas serán para sanidad de las naciones.

¡Cristo llora! Siguen los cielos de negros cendales vestidos y en el fragor de la imponderable apoteosis que en el Gólgota se despliega, se oye la voz del Hijo que llama al Padre: *en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu...* el espíritu de Cristo, Justicia y Verdad, Evangelio, Amor, que un día regirá e inspirará a la Comunidad humana.

Y mientras el Espíritu llega a las naciones, ¡Cristo llora!

P. PUEYO Y ARTERO

Será harto de oprobios

Atado, como a un criminal se ata, el Divino Maestro fué conducido a presencia del pontífice Anás, quien, al verlo, rebotante de júbilo, dió aviso inmediato a Caifás ordenándole reuniera urgentemente al gran Consejo. Mientras la orden se cumplía, Anás preguntaba a Jesús detalles de su doctrina, respondiendo el Hijo de Dios que su doctrina no era un secreto, pues ya todo el mundo la conocía, un oficial cortó el diálogo sentando su mano cobarde en la cara del Inocente.

Anás ordenó que el Salvador fuese llevado a presencia del gran Consejo, reunido en casa de Caifás. Y allí fué conducido para ser juzgado.

Testigos sobornados contradecíanse en sus manifestaciones. Momentos difíciles y de emoción fueron aquellos en los que el tribunal no hallaba medios suficientes para condenar. Viendo el sumo sacerdote que Jesús nada decía preguntó: «De parte de Dios vivo te mando que nos digas si tú eres el Cristo, Hijo de Dios». Tú lo has dicho, respondió Jesús, y lo soy.

Inmediatamente el sumo sacerdote desgarrando los vestidos del ro, exclamó: Ha blasfemado. Todos lo habéis oído. ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? ¿Qué os parece?

Todos los componentes del sanhedrín unánimemente acordaron condenarlo a muerte y la sentencia se redactó, según copia existente en el archivo de Simancas, en un documento que por considerarlo curioso lo transcribimos literalmente traducido.

«Es el año XVII de Tiberio César, Emperador de Roma y Monarca invencible del Universo, durante la Olimpiada CXXI, en el año cuatro veces MCXLVII de la creación del mundo, según el cálculo hecho por los hebreos; en el LXXIII de la fundación del Imperio Romano y CDXVII de la vuelta del cautiverio de Babilonia; siendo cónsules Lucio Pisino, Pontífice Romano; Mauricio Sánico, Procurador de la Invencible; y Valerio Palutino, gobernador de Judea; Regente y Gobernador, de la ciudad de Jerusalén, Flavio Quarto, presidente gratissimus; gobernador de la Baja Galilea, Poncio Pilato; Anás y Caifás, patriarca y gran sacerdote; guardianes del templo, Ales Mados, y centuriones, Quinto Cornelio Sublimo y Sexto Pompilio Rufo; el XXV de Marzo.

Yo, Poncio Pilato, representante del Imperio Romano, en este palacio de Lardú, nuestra residencia, juzgo, sentencia y condeno a la pena de muerte a Jesús, llamado el Cristo Nazareno, del país de Galilea, hombre de la ley Mosaica, sedicioso contra el Emperador Tiberio César; y en razón de ello decido que sufrirá dicha pena sobre la cruz, como culpable de haber congregado a muchas gentes; ricas y pobres, provocando incansantes tumultos en toda la Galilea, titulándose Hijo de Dios y Rey de Israel; amenazando con la ruina a Jerusalén y al templo sagrado, negándose a pagar el tributo al César y osando entrar entre palmas y en triunfo, como un príncipe, en la ciudad y en el Templo divino.

Por tales razones, ordeno a mi centurión Quinto Cornelio, que conduzcan públicamente por las calles de Jerusalén a dicho Jesús con dos ladrones homicidas, atado y, después de haber sido azotado, vestido de púrpura y coronado de espinas llevando la cruz sobre sus hombros, a fin de que sirva de escarmiento a los malhechores.

Y todos saldrán por la puerta llamada Antonina e irán hasta el monte denominado de las Calaveras, donde, después de haber sido crucificado el reo, permanecerá expuesto su cuerpo en la Cruz, como espectáculo del castigo reservado a los criminales.

Sobre la Cruz será colocada la inscripción siguiente, en tres lenguas, hebraica, griega y latina; en hebreo, Olai olidisin; en griego,

Jesús Nazarayos; en latín, Jesús Nazarenus, Rex Judeorum.

Asimismo ordenamos que ninguna persona, cualquiera que sea su clase, ose temerariamente oponerse a la justicia por Nos ejercida en todo su vigor, según los decretos y leyes de los romanos y hebreos, bajo pena de incurrir en los castigos reservados a los que se insurreccionan contra el Imperio.

Han confirmado esta sentencia: Por las doce tribus de Israel, Rabán, Daniel, Segundo, Juan, Bencias, Baibas, Isabel, Presidan. Por el gran sacerdote, Rabán, Judas, Bousasalón.

Por los fariseos, Rollet, Simón, Daniel, Braban, Mordagín, Boucertassili.

Por el Imperio Romano y el Presidente de Roma, Lucio Sixtilio, y Amustio Silio, notario judicial.

Por los gentiles, Nostán y Reotenais.»

Condenado así a muerte, fué entregado a los soldados y sirvientes, quienes pasaron la noche insultándole, burlándose, escupiéndole. Cubriéndole el rostro le abofeteaban para preguntarle en tono de mofa: «Cristo, adivina quien te ha herido».

En la persona adorable de Jesucristo se cumplió con exceso, pues, aquella profecía: Será harto de oprobios.

DANIEL LAMO.

La negación de Pedro

Dicen los evangelistas en diversos pasajes de sus obras, que Jesús Nazareno predijo a su discípulo predilecto momentos antes de su prendimiento, «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces», interrumpido en su profecía por el antiguo pescador de Galilea Simón, quien le hacía constantes promesas de amor y adhesión, y... efectivamente, poco después, cuando el Señor comparecía ante sus jueces, Simón Pedro que había seguido la triste comitiva para ver qué se hacía con el Maestro, ante acusaciones de ser discípulo de Jesucristo, del detenido por llamarse «Rey de los Judíos», negó por tres veces al Señor, y casi instantáneamente a la última negación, el gallo exhaló su canto,

Stabat Mater Dolorosa
LA PIEDAD



Cuadro de Pedro Pablo Rubens

Museo del Prado

Simón Pedro se acordó de la profecía y rompiendo a llorar amargamente, derramó abundantes lágrimas de arrepentimiento.

Pensemos detenidamente, meditemos un poco en lo que influyó en la negación de Pedro, y encontraremos un atisbo, un anuncio de lo que despues, cuando ya hubiesen transcurrido siglos y siglos había de ser «moneda corriente»,

algo sin importancia; en esta negación de Pedro, hallaremos un precedente de la falta de valor para confesar lo que somos y lo que representamos; en esta cobardía que otros la disfrazan aparentemente y la convierten en hipocresía, encontramos un antecedente de esta falta de sinceridad.

Si en estos tiempos hubiere de llevarse a cabo la profecía de la negación de Pedro, no causaría

extrañeza, se justificaría esta actitud, se proclamaría en voz alta la inocencia y poca malicia que entrañaba el decir verdad, el ser sincero y tal vez algunos hubiesen tenido un motivo de mofa y escarnio.

¡Triste sino el nuestro! ¡El de todos los que nos hemos desvuelto en este ambiente de falsía y de mentira! Triste vida la nuestra en la que para llegar al fin que nos han designado, hemos de luchar y vencer a tan terribles enemigos, en lucha terrible y descarnada, en la que es difícil vencer, y cuando se vence ¡a qué precio! Casi siempre es tan cara la victoria cuando ésta se consigue...

¿Cual es el origen de este estado de cosas? Mucho se ha discutido, mucho se ha laborado por tratar de descubrirlo los unos, y por conocerlo o inquirirlo los otros; todo en vano, el misterio parece indescifrable, y a las aberraciones, a los odios, a las rencillas y envidias, a todo lo que constituye el ambiente en que debe vivir nuestro ser, no se encuentra origen cierto, todo son presunciones y vaticinios, todo es afán por saber una verdad y no nos damos cuenta que cuanto más tratamos de averiguar, cuanto más tratamos de llegar a la luz de lo cierto, más caminamos en el campo de las tinieblas y de la ignorancia.

Si aquella negación de Pedro, si aquella falta de valor y sinceridad para decir quien era, no hubiese llegado a consumarse, no se hubiese sentado precedente, y no sería aventurado afirmar, que este estado de cosas, este caos, desaparecería por completo; pues como en aquel momento de la negación de Simón Pedro, esta falta de valor o sinceridad, esta cobardía que hoy impera, es la causa de nuestros conflictos y lo más desesperante es, que si aquel sintió el dolor de su obra, nosotros no exhalamos como el apóstol lágrimas de arrepentimiento por la nuestra.

JUAN GONZÁLEZ PARACUELLOS.
Abril, 1927.

Los treinta denarios

Aquellos treinta denarios (no dineros) que sirvieron para comprar la sangre del Justo, ha sido la semilla de maldad que más fecunda cosecha de perfidia ha rendido a través de los siglos.

Esas treinta monedas son el capital inicial de todas las injusticias de los hombres que viene acumulando réditos desde hace veinte siglos, sirviendo, como entonces sirviera para pagar la traición del discípulo malo, para cimentar la desigualdad social entre los hombres, sobre la que se eleva todo un edificio de crueldades, reflejo de aquellas otras que atenzaron a todo un Dios sobre la pelada cumbre del monte de las Calaveras.

Y esas monedas que tanto han rodado por el mundo, eran monedas de los escribas y de los fariseos hipócritas, de los sepulcros blanqueados, albospor fuera y podre por dentro, de aquellos fervientes a la luz pública y llenos de horrosas concupiscencias en su vida interior.

¡Admirable don de profecía del evangelio!

Hoy, como hace veinte siglos, los treinta denarios siguen su marcha, de mano en mano. El que los recogiera en la nave del templo donde Judas de Keriot los arrojara en el momento en que su desesperación le llevó a colgarse de un árbol, los legó al mundo para que fuesen testimonio viviente de aquellos escribas y fariseos hipócritas, de aquellos que armonizan el pecar cotidiano con la cotidiana apariencia de la virtud, y de los que creen que es posible practicar aberraciones tenebrosas y nefandas, bastando para cumplir con la providencia, con mostrarse pulcros al exterior y rasgar mayestáticamente las vestiduras ante las veniales desdichadas de nuestra humana flaqueza.

Por eso Jesús de Galilea, que en el establo de Belén y en la humilde casita de Nazaret conociera los rigores de la pobreza...

Jesús de Galilea que predicando del mar a la montaña, de la ciudad hasta el desierto sintió las amarguras de la incompresión de los humanos...

Jesús de Galilea, que injuriado, escarnecido, con las carnes desgarradas y sangrantes en su martirio sublime, sintió sobre su naturaleza humana el frío beso de la muerte...

¡Todo lo perdonó con gesto paternalmente sublime! ¡Todo lo ofreció para la redención de aquellos mismos hombres ignorantes y cruels por esa misma ignorancia (que no saben lo que se hacen)! ¡Pero tuvo dos momentos de cólera soberana: uno atañarbolando el látigo contra los mercaderes del templo y otro al apostrofar a los escribas y fariseos...

Que aquel Dios que comprendía y perdonaba las crueldades de la ignorancia que le hacían sufrir siendo inocente, no quiso ver indiferente el porvenir de la humanidad manejada por los amasadores de los treinta dineros envueltos en el manto de la hipocresía repulsiva, tortuosa, farisáica...

ANTONIO C. FLORIANO

ERROR DE JUICIO

La consumación del sacrificio llegaba, tenía que llegar para que Jesús redimiese al mundo. Lo había de juzgar Pilatos, y este no encontrando suficiente culpabilidad para condenar al divino Maestro, y aun tal vez porque en su ánimo hubiesen influido las palabras y resignación sin igual, del hombre Dios, no se atrevía a castigarle con la dureza que aquella multitud exigía. Por eso Pilatos, como único recurso, dijo dirigiéndose al pueblo: «Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de la Pascua dais libertad a un preso; decidme si gustais que sea Jesús o Barrabás, que era un ladrón y homicida, que a la sazón tenían en la cárcel por haber muerto a otro en una pendencia. Y todos levantaron la voz para decir «A Barrabás pedimos que sueltes y a Jesús que crucifiques».

Y así hubo de hacerse, porque aquellas turbas lo reclamaban ciegame, inconscientes del pecado que cometían, o aun quizá porque lo necesitaban, considerando preciso el sacrificio del Justo. Y fué preterida su libertad por la de un malvado.

De este modo fueron los hombres, y así se conservan aún después de tantos siglos de progreso, como ellos mismos llaman, tratando de engañar a sus propias conciencias. Les cuesta mucho, es indudable, reconocer sus defectos y aun mucho más corrégirse de ellos. No les conceden gran importancia, quizá porque en esta vida no desempeña todo su cometido la moral de las cosas, y para la otra vida, la verdadera, la única que puede llamarse vida, sin peligro de incurrir en error, no piensan porque la creen muy lejana, y si piensan no creen en ella. Son tan ciegos que no se dan cuenta, que día tras día, minuto tras minuto, se acercan a ella que los espera para que purguen el castigo que su incredulidad merece.

Quizá habremos de creer, que es un legado que aquellos que pedían la crucifixión del Justo, aun a costa de la libertad de Barrabás, nos envían a través de los siglos; y a pesar de estos, llega a nosotros intacto ese legado, inmutable, para que nosotros, también pequemos reclamando el sacrificio de virtudes, y dando plena libertad a todos los ruines deseos y mezquinas costumbres, que en nosotros anidan y que nos hacen vivir en constante engaño. Y entretanto, los que con sus sanas doctrinas y morales consejos tratan de abrir nuestros ojos a la luz de la Verdad, son recusados de locos; de ilusos, y aun muchas veces de intrusos que dan sus enseñanzas no con fines generosos, si no cumpliendo la misión encomendada por la necesidad que, como cada hombre, tienen de vivir.

Y así como pasamos nosotros por la vida, habrán de pasar, indefectiblemente, los que a nosotros sigan, ¡Dios sabe cuántos! pasarán lo mismo, llevando en sus venas como nosotros, el germen que produce las dudas y escarnios de todo aquello que por ser superior e intangible nos resistimos a creer y respetar.

La cultura, el progreso, no se detendrán porque no pueden, porque en imponente avalancha se precipitan en el orbe entero; pero es la cultura y progreso materiales, los que tienden al refinamiento de comodidades y placeres; jamás lo que atañe a las tinieblas bajo su aspecto de moralidad.

Y lo mismo que el pueblo de Jerusalén erró al dictar su sentencia, y cometió graves delitos, con inconsciente salvajismo, los hombres de hoy, los de mañana y los de siempre, se estrellarán por sus falsas creencias y por creer inverosímil el castigo que les espera, que podrán adivinar si tuvieran fe, pero que así no pueden creer por estar demasiado lejano el día que irremediablemente se les ha de aplicar.

Este número ha sido sometido a la previa censura.

J. SABINO MARCOS
Semana Santa del 27

LOS DOS LADRONES

Enarbolada estaba la Cruz del Divino Redentor, sobre la cima del Monte Calvario. En ella pendía Jesús crucificado, moribundo, próximo a exhalar su último suspiro.

Y en aquella hora solemne, cuando la Cruz divina se hallaba extendida entre el cielo y la tierra como un arco de reconciliación y alianza entre Dios y los hombres, Jesús convierte aquél madero infame en cátedra sagrada, desde la cual dá a toda la humanidad sus más sublimes lecciones, resumidas en aquellas sus últimas palabras, las más augustas que brotaron de sus labios divinos.

Para hacer más ignominiosa la muerte del Redentor, habían crucificado los judíos a dos criminales, uno a cada lado, quedando Jesús en medio de ellos, cual si fuera su capitán y su jefe.

Estos dos malhechores, desde que empezó la crucifixión, no habían cesado de insultar al Divino Crucificado, burlándose de El, zahiriéndole a coro con el populacho vil, porque siendo Hijo de Dios, no se libraba a sí mismo, ni a ellos, de los tormentos de aquel cruel suplicio.

Más de repente, uno de ellos, el que se hallaba a la derecha, iluminado por luz celestial, reconoce y proclama la inocencia y Divinidad de Jesús; reconoce a la vez sus propios pecados y crímenes y los confiesa públicamente.

Y dirigiéndose a su compañero, que continuaba aún maldiciendo y blasfemando, le dice: «Nosotros estamos sufriendo lo que es muy justo y tenemos bien merecido, por nuestros crímenes; más Este, no ha hecho mal alguno». Y volviendo su rostro hacia Jesús le dice humildemente: «Señor, acordado de mí, cuando lleguéis a vuestro reino».

¡Cuán distinta es la conducta de estos dos malhechores! Uno y otro han sido criminales, uno y otro se hallan a la misma distancia de la Cruz del Divino Salvador, uno y otro están presenciando la paciencia y mansedumbre de Jesús en aquellos crueles tormentos, que también ellos están sufriendo.

Y sin embargo, solo uno de ellos, Dimas, a través de las ignominias, insultos y blasfemias que rodean la Cruz del Redentor, reconoce a Cristo, al Mesías, al Salvador del mundo, al Rey eterno, y le pide humildemente ser admitido en su Reino.

Mientras que el otro, Gestas, por el contrario, en medio de los insultos y blasfemias que no cesan de salir de su boca, no ve en Jesús más que un hombre, no ve a Cristo, no ve al Salvador, no reconoce su Divinidad, y solamente pide, en son de burla, que si es de veras el Hijo de Dios, se libre a sí mismo y a ellos de aquellos tormentos.

En estos dos malhechores, se halla retratada fielmente la conducta de todos los hombres. Porque todos padecemos, todos sufrimos, los dolores y penas temporales son herencia forzosa de toda la humanidad, después del pecado. Y no hallaréis en este valle de lágrimas, ni un solo hombre que no padezca, que no sufra, que no lleve su cruz a cuestas, por la calle de amargura de la presente vida.

Pero mientras unos, como el Buen Ladrón, reconocen y confiesan sus propias culpas y reciben las penalidades de esta vida como castigo del pecado; otros, como el malo, no reconocen ni confiesan nunca sus crímenes, y miran las penas de este mundo, como efectos del destino, de la fatalidad, de la funesta suerte. Mientras unos, como el Buen Ladrón, bendicen y alaban a Dios, en medio de las tribulaciones y trabajos que les envía, otros, como el malo, maldicen, insultan e injurian a Dios, blasfemando contra la Divina Providencia, porque no les libra de las penalidades que siempre acompañan la presente vida. Y de aquí resulta, que mientras unos sufren con paciencia, con resignación, con mérito para la vida

eterna, otros padecen renegando, haciendo más insoportables sus trabajos, más pesada su cruz y labrándose ellos mismos su eterna perdición.

Y la diferencia de la conducta de los dos ladrones, dice un Santo Padre, revela claramente la discrepancia de las opiniones de los hombres, respecto a la verdadera Religión. El Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo ha sido y es anunciado, repetidas veces, en todas partes; y sin embargo, no en todas partes es igualmente conocido y observado. Unos creen en Jesucristo, confiesan su Divinidad, le adoran, le obedecen y acuden a El, como a la fuente de la gracia; y otros, por el contrario, no quieren creer, rechazan la fe, resisten a la gracia, no cumplen los divinos mandamientos y mueren impenitentes.

Y mirad cuán distinto fué el final de aquellos dos malhechores: uno se condena y otro se salva. Mientras el arrepentimiento y la confesión de la Divinidad de Jesucristo abren al Buen Ladrón las puertas del Paraíso, la obstinación, la ceguera voluntaria, la injuria y la blasfemia precipitan al malo en los abismos del infierno.

Los dos habían sido igualmente criminales, igualmente pecadores: ambos estaban comprendidos en el indulto general, en el perdón que Jesús acababa de pedir a su Eterno Padre, y sin embargo, uno se convierte y se salva, y otro se endurece y se pierde.

Y mirad en qué circunstancias se condena aquel infeliz y desventurado: en el momento en que la gracia divina corre a torrentes sobre la tierra: en el día de la misericordia, del perdón y de la bondad divina, a un paso de la Cruz del Redentor, junto al Arbol de la vida, cuando no tenía más que alargar la mano para coger el fruto de salvación eterna.

Así ocurre, por desgracia, a muchos cristianos: nacieron en el seno de la Iglesia Católica, fueron regenerados en las aguas bautismales, fueron educados santamente por una madre cristiana, recibieron, como ángeles, su primera comunión; más, después, fueron

dejando poco a poco, las prácticas piadosas, dejaron de creer los dogmas y verdades de la fe, se alejaron de la Iglesia y de los Sacramentos, siendo así que les era tan fácil recibirlos; despreciaron las gracias y medios que Dios les concedía para convertirse; y al final de su vida, les sorprendió la muerte en pecado y se condenaron para siempre.

Hermanos, porque si el Buen Ladrón nos enseña que el más grande pecador puede convertirse en un instante, el malo nos hace ver que puede un cristiano condenarse, aún rodeado de las circunstancias más favorables para conseguir su salvación.

El Buen Ladrón, dice el gran Apostol valenciano, San Vicente Ferrer, se convirtió, a la sombra bienhechora de la Cruz: el sol, a la hora de la crucifixión, hizo caer sobre Dimas, colocado a la derecha, la sombra de la Cruz del Divino Salvador. Y esta sombra divina, le cubrió como con un manto de misericordia y le iluminó interiormente para reconocer y confesar la Divinidad de Jesucristo.

Vivamos, pues, siempre a la sombra de la Cruz del Redentor: que la Cruz cubra nuestros cuerpos, como una coraza invulnerable; que la Cruz cubra nuestras casas, nuestras habitaciones, nuestras haciendas, todas nuestras cosas. La Cruz es la mejor arma para vencer a nuestros enemigos, es el mayor consuelo en nuestras penas, la mejor medicina en nuestras enfermedades espirituales y el camino más recto y seguro que nos conduce a la Gloria.

P. JUAN B. BOTET.

Jesús y el falso Apóstol

Dejó Jesús a sus discípulos, después de recomendarles el descanso y la oración, exclamando: «Yá llegó aquel que me ha de entregar». Terminadas estas palabras, apareció Judas, uno de los doce apóstoles, seguido de gran multitud de gentes, armadas con espadas y palos, y acercándose: «Dios te guarde, maestro», dijo, dándole

Iusta crucem lacrimosa

DESCENDIMIENTO



Cuadro de Van Dick

Museo del Prado

Proceso de Jesús

Frente al Santo y Sumo Pontífice de la nueva Ley está el odioso representante de la antigua: frente a Jesús está Caifás; aquel, humilde, atadas las manos, descompuesto en su traje y vestido; éste altivo, engreído el semblante, toda la fisonomía respirando desvergüenza y soberbia.

Al tener a disposición suya al Nazareno, no pudo reprimir el infame ministro del santuario, la alegría feroz que palpitaba en su pecho; ondeaba en sus labios sonrisa diabólica; ardía en su mirada infernal fulgor; había logrado su deseo más anhelante. Tenía en su mano al enemigo que se atreviera a desmentar y afear su conducta delante de sus subordinados; amenazando su bienestar y el de sus adláteres y paniaguados. Era preciso obrar sin demora, antes de que algún incidente lo pusiera fuera de su alcance.

Dos condiciones se exigían en el Talmud para las sentencias de sangre: Que la reunión de los jueces fuese en el Templo, y que de día se empezase el proceso, y de día concluyese. De ambas había que prescindir. Llamados a toda prisa; sentáronse los miembros del Sanhedrin sobre tapetes y alfombras algo levantadas del suelo, cubiertas las cabezas con bonetes puntiagudos y angostos, con sus piernas cruzadas, colocados en forma de semicírculo de suerte que se vieran unos a otros, y con las caras vueltas al templo, como para recibir las inspiraciones de la eterna justicia. En medio, Caifás sentado en su sitial. Frontero al presidente, el reo.

Era el instante de la audiencia pública.

Prescribía el derecho criminal judaico que se empezase presuponiendo, no la culpabilidad, sino la inocencia del acusado. Más allí también se prescindió del cumplimiento de tal legalidad, que daba derecho al reo a defenderse y ser defendido. ¿Quien se atreverá a ello? Descontado estaba que era digno de muerte.

No obstante, había de darse al juicio apariencia legal. ¡Pero si no aparecen las acusaciones, si no se oyen las querellas, ni se presentan los testigos! El aspecto que ofrecía en aquel momento la sala del tribunal, era uno de los más abominables que ha presentado jamás tribunal alguno de la tierra. El reo en actitud modesta, humilde y entristecida por exigirlo así las prescripciones legales; más tranquilo, sereno y dispuesto a cumplir la voluntad de su Padre; los jueces, removiéndose en sus asientos, inquietos y exasperados, dirigiéndose el uno al otro centelleantes miradas, y mostrando en todos sus movimientos el diabólico furor de que estaban poseídos... ¿Y no aparecerán testigos?

Cuando se sabe que la autoridad está dispuesta a apadrinar la calumnia, nunca faltan falsarios y malsines. ¡Es tan propio de la flaqueza humana hacer el mal cuando se tienen las espaldas seguras! No dicen los Evangelios qué clase de crímenes presentaban contra Jesús los amaños y echadizos testigos; únicamente indican que sus testimonios, sobre ser falsos, eran desacordes y hasta contrarios. Pues uno de ellos afirmaba haber dicho Jesús: «Puedo arruinar el templo de Dios, y en tres días reedificarle»; y otro declaraba haberle oído decir: «Yo destruiré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro no hecho a mano».

Fácil era a Jesús patentizar la falsedad de aquellos testigos, cogérselos en contradicción y traslucir su autenticidad o competencia; más no quiso hacerlo; antes por toda defensa no presentó más que el silencio más absoluto. Era la mejor respuesta que podía dar a los que tan sin fundamento le armaban una acusación y a los que con tanta facilidad la admitían.

¿Que Caifás dará por concluida para sentencia la causa? Aunque estaba resuelto a condenarle, ¿cómo hacerlo por unas palabras sin sentido? Lleno de indignación por el silencio del acusado, afectando solemne gravedad, determinó a jugar el todo por el todo.

«Yo te conjuro de parte de Dios que nos digas si tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo; añadiendo luego la tradicional invocación: que su nombre sea bendito».

¡En nombre de Dios habla el indigno Pontífice, el sacrilego profanador de los augustos misterios! En nombre de Dios manda a la Deidad humanada, a la personificación de la justicia, de la inocencia y de la santidad! ¡En nombre de Dios le pregunta, le acusa y está dispuesto a condenarle! ¡Espantoso carácter de la hipocresía!

No quiso Jesús echar en cara al indigno ministro del Santuario el horrible abuso que hacía de su autoridad, usurpando el santo nombre de Dios para armar lazos, sino que respetando el principio de la misma autoridad, dijo: «Sí, yo soy; y algún día veréis al Hijo del Hombre que está sentado a la diestra del poderío de Dios».

Ya tiene Caifás la respuesta esperada; ya la astucia ha logrado su intento. Levantándose súbitamente de su asiento, y descompuesto y alborotado, con los ojos sangrientos, la frente contraída, levantado el pecho, echóse adelante y rasgando la parte anterior de sus vestidos (señal de cólera, de indignación y de duelo entre los hebreos) con alta y temblorosa voz exclamó: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de testigos? ¡Delante de nosotros atrevéase a decir que es Dios! Irrespetuoso para con el tribunal y blasfemo y sacrilego. ¿Qué os parece?»

A tal pregunta, los apasionados jueces, habían únicamente de contestar: *Reo es de muerte*.

Digna terminación de un juicio que, amañado por la pasión y por el pandillaje, no había podido ser llevado sino pisofeando todas las formas y trámites legales.

X.
Abril, de 1927.

Este número ha sido sometido a la previa censura.

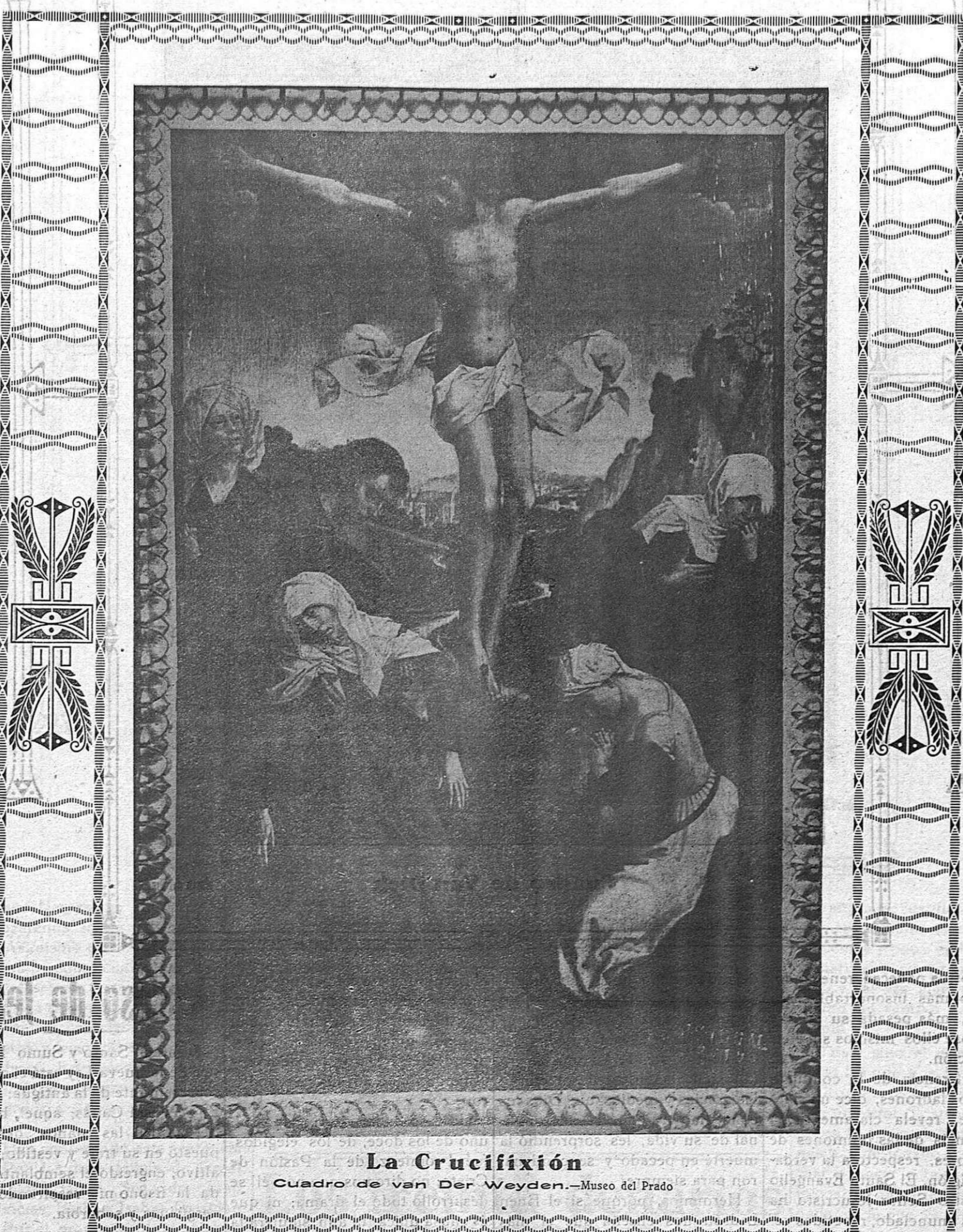
SAETAS

I
Aquel que no se estremece viendo a la Virgen que llora, o no conoció a su madre, o tiene pecho de roca.

II
Era su pena tan grande, que iban llorando con Ella, las estrellas de los cielos y las flores de la tierra
NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Jesús en el Cenáculo

Tomad y comed, este es mi cuerpo, que es dado por vosotros. Tras su predicación, esmaltada con la luz esplendente de los milagros, después de su entrada triunfal en Jerusalen, celebra Jesús la Pascua con sus discípulos, preparándose para el cruel martirio del Calvario. Si durante su vida mortal, un prodigio ha seguido al anterior, si el Dios de la bondad, el padre de la humanidad, se ha mostrado con celestial dulzura a los humildes, a los creyentes, en esta hora culmina su obra en la tierra, dándose a sí mismo en el pan que reparte a sus discípulos, instituyendo el Sacramento de la Eucaristía. Sus treinta y tres años de vida entre los hombres, ofrecen pruebas más que suficientes para asegurar que Jesús Hijo de Dios vivo, amaba a los hombres como Padre; pero la misericordia divina quiere dejar señal impercedera, prueba perpétua del paso por la tierra de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. La serena majestad de las palabras de Jesús, acompañadas de la dulzura santísima de su sonrisa celestial, debieron causar en las almas de los Apóstoles una impresión inefable, mezcla de asombro y de amor, imposible de explicar. Aquellas almas, vírgenes, pudiéramos decir, de civilización, al empezar Jesús su vida pública, van templándose primero, en un fervor de admiración a la vista de los milagros del Maestro; después en amor inmenso cuando ven su humildad, su caridad, para con todos los hombres, y al mismo tiempo llenándose de respeto temeroso al comprender poco a poco, en la medida que la voluntad divina cree conveniente, que el poder inmenso del Dios Creador, reside en Aquel, que a la vista de los humanos llega a ser a lo más, un Profeta, un inspirado. Estos hombres que siguen paso a paso tras Jesús en su predicación, seguramente esperan de Él algo extraordinario, dejado entrever en el trascurso de ella. Crean tal vez, pensando humanamente, que el término de aquella sucesión de milagros, de máximas admirables, de parábolas llenas de brillantes metáforas orientales en su exposición y de enseñanzas prácticamente santas en el fondo, había de ser la glorificación en el mundo y por el mundo, de su Maestro, que llenaría la historia de Israel con singulares hechos, nunca iguales por nadie. Lo que tal vez no llegaron a ambicionar, es que aquel reinado que ellos presentían, había de ser



La Crucifixión. Cuadro de van Der Weyden.—Museo del Prado

universal, y tangible todos los días y en todos los lugares; que Aquel a quien seguían, con el que se comenaban más y más cuanto el tiempo pasaba; estaría con los hombres, y menos que su Cuerpo se uniría a sus amantes en unión espiritual, transubstancial, celeste, pudiéramos decir. Por eso, al partir Jesús el pan y ofrecerle a sus discípulos, al comprender por la voluntad del Hijo de Dios Vivo allí presente, que en aquel pan, estaba Él; seguramente correría por todo su ser un espiritual espasmo de amor, de agradecimiento, de confusión; a la vista de don tan celestial, de misericordia tan excelsa. Si nuestra Sacrosanta Religión no fuera toda ella admirable, como enseñanza de Dios, el solo don de la Eucaristía, sublimación de la caridad, ya que Dios se da a sí mismo, fuera bastante para probar el origen divino que la hace vivir entre nosotros. ¿Quién sino es Dios Creador, que puso al hombre sobre la tierra, le infundió espíritu, emanación suya, que envió a su Divino Hijo para redimirle del pecado, permiti-

te que su Espíritu sobrenatural se haga cuerpo santísimo, que ese cuerpo se haga pan y que ese pan lo comamos y lo incorporemos a nuestro ser...? Inclínemos reverentes y anonademos nuestras potencias espirituales y corporales ante la majestad dulcísima del misterio de la Eucaristía. Ante el hecho maravillosamente sublime de la institución de ese excelso Sacramento por Jesús en el cenáculo, en aquel momento en que por amor al gé-

nero humano se inmoló sin dolor, un espíritu al pan que bendice y lo reparte entre sus discípulos, para que ellos más tarde lo hagan en su nombre a todos los vivientes; experimentamos la sensación de nuestra pequeñez de nuestra miseria, que hace resaltar con caracteres indelebles la bondad y la misericordia de Dios. «Tomad y comed», Tomemos, comamos ese pan celestial, ese manjar que ni los Angeles gustan. Tomémosle y comémosle siem-

pre que podamos Admirarnos y adoremos este Sacramento de infinita caridad y que esa santa virtud emanada de Dios, ya que Él es la Suprema Caridad, nos una con Él, y a los unos con los otros. EMILIANO P. PEREZ. Adorador nocturno. Teruel y Abril 1927. A Cristo Crucificado SONETO. Huyendo del dolor, que es medicina para el alma, en el mundo desterrada aparté, ciego y loco, la mirada de tu Cruz, que conforta e ilumina. La senda, que al placernos encamina seguí con ansiedad; y mi jornada, cansado, al terminar... ví que era nada de cerca lo que lejos nos fascina. ¡Señor! Tú que conoces mi flaqueza, y por salvar mi alma pecadora moriste en una Cruz, da fortaleza a mi espíritu, en su tremenda hora; y límpiame de escorias y vileza lavándome en tu sangre redentora! ALVARO LÓPEZ GARCÍA. Presbítero. Él vino primero, y llevó su cruz y murió en la cruz por tí; porque tú también la llevas, y deseas morir en ella. Porque si murieres juntamente con Él, vivirás con Él. Y si fueres compañero de la pena, lo serás también de la gloria. KEMPIS.

El nuevo mandato

No he conocido síntesis más bella de la moral dulce y humana, ni pensamiento que más estreche los lazos de la fraternidad, ni resumen más breve y acabado de lo que debe ser la vida de relación entre los hombres, ni enseñanza más fecunda en bienes inapreciables, como el nuevo mandato, que intima a sus discípulos el Divino Maestro, después de cumplirlo lavándoles los pies. El amaos los unos a los otros, ha inspirado a los buenos la abnegación y el sacrificio y clavado en las almas crueles el arpon del remordimiento. Suprimid ese mandato y habréis suprimido la sociedad y la civilización, entregando la tierra a la lucha individual y al exterminio. No es aventurado decir que una sola frase que resuelve tantos problemas, tanto acreditada que son de un Dios los augustos labios que la pronuncian. El CARDENAL CASCAJARES.

Las mujeres en la Pasión

Hasta la cumbre del Gólgota sangriento siguió también al Redentor Divino. Hay un hecho tan significativo en el doloroso episodio de la Pasión de Jesús, que confirma de un modo en extremo elocuente, hasta donde sabe llegar la mujer con el heroísmo e su amor. En este dramático episodio, se nos muestra el espíritu femenino en toda su grandiosidad, arrojando con verdadero valor todos los peligros de la turbamulta enfurecida, cuando se trata de su bien Amado. Ved a los Apóstoles cómo se avergonzaban de ir tras el Maestro; cómo uno de ellos le negaba hasta tres veces, acosado por la soldadesca; cómo el miedo hacía huir a los discípulos y Tomás no quiso creer en la profecía del Resucitado. Una mujer, llorosa y compungida se abre paso entre la airada muchedumbre para prodigar a Jesús un amoroso alivio a sus dolores... Ved a Poncio Pilatos, juez que había de sentenciar al Justo, cómo ante la multitud que grita enardecida «Crucifíxelo», tiembla de pavor y aunque vé la inocencia de Jesús, adopta la despreciable postura de «lavarse las manos» en aquél asunto en el que se juzgaba la vida del Divino Maestro. Aquí se destaca la figura de su mujer que le aconseja al gobernador no manche su túnica con la sangre del Galileo, si no encuentra pruebas contundentes para condenarle. Mujer admirable que vé el amor de Jesús hacia los hombres y no duda un momento en expresar sus sentimientos de caridad para con el vilipendiado, sin temer al pueblo que furioso pide caiga la maldición y la sangre del Justo sobre sus cabezas... En el Gólgota, las mujeres, las piadosas mujeres, inflamadas de amor, dirigen y presencian el descendimiento del Crucificado... Ellas le siguen, hasta el Sepulcro y ellas solas derraman lágrimas de dolor ante el decidido que los hombres habían cometido martirizando a Jesús... Ni uno sólo de los Evangelistas señala un punto de femenina debilidad, ni de miedo y pavor, al narrar los padecimientos y muerte del Redentor. Aquellos hombres tímidos, recibieron de las mujeres constantes ejemplos de heroísmo y caridad... Y es que el corazón femenino cuando en él ha prendido la llama del amor verdadero, del amor sin egoísmo, del amor del alma, sabe llegar sin desallear hasta la cumbre del Dolor, del sacrificio y del heroísmo... JOSÉ VALENCIA ROYO. Semana Santa del 27.